

LA TRAMONTANA EN MENORCA

POR

JOSÉ MARÍA JANSÁ

Sin duda, el rasgo más característico de nuestro clima estriba en la Tramontana, el impetuoso viento N. que nos asalta casi sin descanso durante los largos meses de invierno y que aun a veces interrumpe con desagradable violencia la tranquilidad de las otras estaciones. Tanto es así que los menorquines la consideran casi como algo propio, algo perteneciente a la isla, inseparable de ella. La Tramontana aquí se ha hecho popular; todos saben de ella, y Mario Verdaguer no ha vacilado en aprovecharla como materia literaria en su novela *Piedras y Viento*. La fisonomía de Menorca sería falsa si la furia del viento la abandonase. Menorca, en gran parte, es hija del viento y está tan compenetrada con él que a los que en ella vivimos nos cuesta concebir ambas cosas separadas, y, sin embargo, el viento nos viene de fuera. Menorca está como sumergida en el viento; vive en su seno como los peces en el seno del mar; es su medio, pero el viento viene de fuera, viene de lejos; nace del juego de todos los factores meteorológicos de Europa juntos.

Se asegura que los fenómenos de la Naturaleza son tan solidarios que todo influye en todo. Pocas veces se ve esto tan claramente como en Meteorología: si el viento sopla en nuestras costas es porque el equilibrio atmosférico de Europa entera—más, la atmósfera terrestre entera—se halla perturbada y no podremos comprender bien el mecanismo de la Tramontana, mientras no conozcamos en todos sus detalles la inmensa perturbación, de la cual es un accidente. Pero la atmósfera se encuentra constantemente perturbada; es un medio esencialmente dinámico y no podremos explicarnos por completo las perturbaciones particulares generadoras de la Tramontana, mientras no consigamos una visión

certera de todas las perturbaciones. Por fortuna, perturbación, científicamente, no quiere decir desorden; la perturbación y el desequilibrio están sujetos a leyes lo mismo que la tranquilidad y el equilibrio, solamente que las leyes dinámicas son más difíciles—o menos conocidas—que las leyes estáticas. Si la atmósfera quedase quieta un momento la ciencia podría establecer con relativa facilidad las condiciones a que quedaría sometida. Mirándolo bien se ve que casi toda la ciencia hecha se reduce a leyes del equilibrio o bien en régimen permanente; casi nada se sabe de los fenómenos—cualquiera que sea el orden a que pertenezcan—mientras dura el régimen variable. Esta es la causa del relativo atraso en que se encuentra aún la Meteorología, pues tiene que habérselas forzosamente con fenómenos en régimen variable, porque en la atmósfera no se desarrollan otros.

Poco a poco se va sabiendo, sin embargo, que los ciclones obedecen a leyes que algún día podrán llegar a ser descifradas por completo; por de pronto, hoy se sabe ya que intervienen de un modo permanente en el juego de la circulación general atmosférica tanto como pueden intervenir los alisios. Los ciclones forman grandes rosarios, rotos a trechos, que se desplazan de Poniente a Levante, mientras cada uno de ellos evoluciona, recorre su *ciclo de vida*, para usar la expresión de Bjerknes. Un ciclón no puede definirse, como antes se hacía, simplemente por su estructura, porque esta estructura cambia a cada momento; de aquí la gran complicación de los fenómenos a que un ciclón puede dar lugar y el embrollo de las situaciones atmosféricas que crea; el ciclón se transforma al propio tiempo que progresa, y sus transformaciones le hacen pasar por estados profundamente desemejantes

y sus progresos le llevan a parajes a veces inesperados, todo lo cual sugiere involuntariamente su comparación con los seres vivos, con su metabolismo interno y sus movimientos que parecen espontáneos.

Uno de los fenómenos bastante frecuente durante la vida de un ciclón consiste en su división, provocada por causas variadas, pero siguiendo un proceso que una vez más recuerda cosas aprendidas en Biología, como, por ejemplo, la división de la célula, sin que esto quiera decir que se trate de algo más que de una pura metáfora, pues las diferencias fundamentales, que no hace falta poner en evidencia, son de tal modo irreductibles que fuera gran disparate dejarse llevar a consecuencias de orden filosófico. Decimos, pues, que es frecuente observar cómo un ciclón viejo engendra un nuevo ciclón, que se llama secundario, el cual se desprende del principal por su parte SW., generalmente, y adquiere muchas veces mayor violencia que aquél, lo cual se comprende puesto que se trata de un ciclón joven con toda la energía propia de su fase ascendente. En Europa ocurre frecuentemente esta división con ocasión del choque de un ciclón viejo con la gran masa de los Alpes o con el anticiclón ruso extendido sobre la Europa central. Entonces el secundario se estaciona en el golfo de Génova, o más al S., en el mar Tirreno (1). Menorca queda, por lo tanto, situada en un borde occidental, donde deben soplar vientos del cuarto cuadrante, pero hay que tener en cuenta que el área afectada por el ciclón es muy extensa, y la configuración topográfica introduce cierta alteración.

El inmenso corredor que forman los valles del Saona-Ródano entre el macizo central francés y los Alpes queda también comprendido, en su mayor parte, dentro de la zona dominada

(1) A veces este ciclón del golfo de Génova puede tener un origen independiente.

por vientos del cuarto cuadrante. Estos vientos, acanalados por el mencionado valle abierto de N. a S., se convierten exclusivamente en vientos del N. de violencia creciente, tante por la angostura del conducto que recorren cuanto por su poca aspereza; cuando desembocan en el Mediterráneo la ausencia casi total de rozamiento con la superficie del mar les permite aumentar aún su velocidad y llegar hasta nuestras costas como disparados contra nosotros por el valle del Ródano a guisa de gigantesco cañón. Al tropezar con Menorca, que les presenta una costa acantilada y una altura relativamente considerable, su rozamiento se hace muy grande, su velocidad, en consecuencia, decrece, y para conservar el gasto constante, puesto que por detrás continúan llegando masas con velocidad todavía no amortiguada, el aire se ve obligado a ascender. Pero es sabido que la causa casi única de la lluvia se encuentra en el ascenso de aire húmedo; nuestra Tramontana, que ha lamido las aguas del mar durante más de 300 kilómetros, no puede, pues, por menos, al llegar a nuestra isla, de provocar una condensación abundante, muchas veces suficiente para convertirse en lluvia, y que en todo caso viene a complicar el efecto puramente ciclónico.

Una vez que el viento ha recorrido la isla, su fuerza viva ha quedado casi completamente destruída; Menorca ha sido para él un freno incontrastable; ha dejado sus energías transformadas en trabajo conforme a la gran ley de Mayer que rige en todo el Universo. Trabajo del viento (perjudicial, pero físicamente trabajo) son esos árboles tronchados o encorvados de por vida; trabajo del viento estas rompientes y estos cantiles que erizan la costa, ese desgaste, esas nubes de polvo y también esa harina obtenida en los viejos molinos de anchas aspas. Todo el poder del viento ha quedado aquí; al otro lado de la isla reina una brisa suave y el mar ondula con menos efervescencia.